**Un pastor visionario**

**Roberto Urbina A.**

El 22 de junio se cumplen 50 años de la muerte, en un accidente automovilístico a pocos kilómetros de su diócesis, del obispo de Talca Manuel Larraín. Regresaba desde Santiago cuando su vehículo chocó en la carretera. Él murió y su chofer quedó herido.

Nuestro querido y conocido en Amerindia, Sergio Torres, fue sacerdote diocesano de Talca hasta el golpe militar. Pocas semanas después debió salir al exilio, porque integraba los cristianos por el socialismo duramente reprimidos por esos días. Hacía pocos años había muerto Manuel Larraín. Este texto es una conversación que tuve con Sergio en estos días.

* Cuando entré al seminario en 1947 me recibió don Manuel, dice Sergio. Estuve con él hasta su muerte en 1966, como seminarista, como joven sacerdote, como secretario pastoral y como vicario pastoral. Era una personalidad riquísima llena de dones, cualidades, carismas y tradiciones que se combinaron en el de una manera notabilísima.

Sergio vivió muy cerca de don Manuel y pudo conocerlo bien.

* Era de una familia de la aristocracia rural, con grandes propiedades. Él contaba que de niño, como muchas familias de su época, lo vestían sólo con ropa traída de París porque su familia pasaba los inviernos en esa ciudad. Después de estudiar Leyes, ingresó al seminario desde donde pasó a la Universidad Gregoriana en Roma. Su formación en Roma le dio un sentido de la tradición, de la historia de la iglesia. Se sentía custodio de las mejores tradiciones con su memoria fabulosa, su buena formación teológica, histórica, literaria.
* A pesar de su raigambre aristócrata, don Manuel tuvo la lucidez para entender y ser motivado por una profunda sensibilidad social. Pocas personas he conocido en mi vida que hayan captado el sentido de la historia. El muchas veces repetía un texto de Isaías que hace dialogar al autor con los vigías que custodiaban las murallas en las ciudades antiguas. Le decía: “vigía qué ves en la noche?” y el vigía dice “amanece”. Ese texto lo hizo su lema. Descubrir en lo que va sucediendo qué es lo que viene nuevo, por donde va la historia. El sabía ubicarse en esa vertiente, en ese proceso. No sólo entenderlo sino hacerlo avanzar.
* Era muy europeo por su formación y también por su amistad con el cardenal Montini, después Papa Paulo VI; con personalidades como el filósofo Jacques Maritain, el prior de Taizé Roger Schutz; con lo mejor del catolicismo europeo de esa época: la acción católica obrera, la reforma litúrgica, las Semanas Sociales. Fue una respuesta al llamado de Pío XI cuando dijo “la gran tragedia del siglo XIX es que la iglesia ha perdido a la clase obrera”. Entonces en Europa hubo una reacción que empezó con León XIII, siguió con Pío XI y se tradujo en el catolicismo social. Don Manuel se educó en esa tradición europea.
* Curiosamente también entendió Estados Unidos, muy poco lo conocíamos en esa época. Más bien teníamos oposición por el imperialismo, por la política agresiva, pero él tuvo la posibilidad de viajar allá y conocer congregaciones norteamericanas, por ejemplo él trajo a los padres de Maryknoll a Chile y de ahí a toda América Latina. Incluso hizo buenos amigos.
* El Concilio fue un hecho inédito, carismático, de Juan XXIII. Nadie pensaba que podía hacerse un concilio con los 2.500 obispos que había en esa época. Creo que en el Concilio Vaticano I debe haber habido unos 500 obispos y en los anteriores muchos menos. Los obispos de los distintos continentes no se conocían. De manera que convocar un concilio no sólo era inusitado, porque el anterior había sido solo 100 años antes y no parecía que hubiera problemas doctrinales necesarios de resolver, a pesar que había mucho que hacer en la Iglesia. Don Manuel tuvo la ventaja que conocía muchos obispos de Europa, Estados Unidos y sobre todo de América Latina, porque ya en la reunión de fundación del CELAM en 1955, en Río, se habían encontrado todos los latinoamericanos. Entonces en el Concilio, junto con dom Helder Camara, estando con europeos y norteamericanos, gracias a su experiencia internacional y su manejo de los idiomas, rápidamente se integró al grupo de trabajo con obispos y cardenales europeos que fueron los que prácticamente condujeron el concilio, en diálogo con los teólogos. No sólo hizo importantes intervenciones en plenario y comisiones, sino que jugó un papel de articulador entre los obispos de América Latina con los europeos y norteamericanos. Yo lo veía llegar después de cada sesión del concilio, primero a estudiar los documentos y luego a animarnos a todos a conocerlos y aplicarlos. Fue muy influyente en que el concilio resolviera las grandes contradicciones que enfrentó.
* Su mirada visionaria que lo dejó para siempre en la historia fue atender no sólo Chile, sino América Latina. Algo lo hizo percibir que el futuro de nuestro país estaba ligado al futuro de América Latina. Tanto en lo eclesial como en lo social. Participó en la fundación del CELAM después de la I Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Río de Janeiro, en 1955. Hubo obispos muy visionarios: Helder Camara, el cardenal Averlar Brandao, el obispo Miranda de México, un sacerdote colombiano, entre otros, quienes propusieron a Pío XII la constitución de un organismo latinoamericano que coordinara la labor de las iglesias de todo el continente. Todavía no existe en ningún otro continente un organismo con esas características, después de 60 o 70 años. Fue algo muy visionario y que felizmente con la aplicación del Concilio Vaticano II a América Latina se tradujo en las conferencias de Medellín y siguientes.
* Medellín fue acordado en el CELAM, con don Manuel como presidente. En la última sesión del Concilio se reunieron con Paulo VI y acordaron realizar una conferencia en América Latina para aplicar el Concilio. Volvieron a sus diócesis y comenzaron la preparación con varias reuniones en el continente. Don Manuel murió sin alcanzar a participar en la Conferencia, pero dejó lanzada la semilla cuyo proceso culminó con la exitosa Conferencia de Medellín que significó un vuelco tremendo porque no fue solo la aplicación del Concilio como había sido la intuición inicial, sino se transformó en una relectura del Concilio en América Latina, a partir de la situación de pobreza y miseria del continente, la que no alcanzó a ser captada por el Vaticano II que indicó una cierta reconciliación de la iglesia con la modernidad, en lo que se había demorado siglos la iglesia europea, en cambio Medellín respondió no tanto a la modernidad, sino a la pobreza, la miseria, la opresión.
* En el aspecto social don Manuel también estuvo vinculado con el CELAM que, en esa época tuvo esa gran característica de vincular lo social con lo eclesial. No fue un organismo eclesial para hablar solo de las cosas internas de la iglesia, sino desde el principio estuvo orientado a responder a los desafíos sociales, económicos. Por ejemplo, don Manuel estuvo en Manizales, Colombia, en un congreso sobre la vida rural, una expresión que hoy puede aparecer poco revolucionaria, pero significaba la estructura agraria fundamental de las grandes haciendas y la explotación de los inquilinos.
* Naturalmente que la historia recordará el proceso de la reforma agraria en Chile, donde la Iglesia fue pionera. Don Manuel era parte de la estructura rural: sus tíos, sus hermanos, sus padres eran dueños de grandes haciendas en Colchagua. Personalmente lo vi sufrir para la primera huelga campesina de Molina, en su propia diócesis. Tenía el sentido del pobre, como él lo llamaba. Y del pobre de una manera como se entendía en Europa: los trabajadores, más que en el sentido que tuvo después con la opción por los pobres. Eran los trabajadores organizados, los sindicatos, el derecho a huelga, los temas que eran la tradición del catolicismo social europeo y de la doctrina social de la iglesia. En esto se confirmó su vocación por desafiar las estructuras: hacer la reforma agraria de uno de los fundos del obispado de Talca, en Pirque, junto con el cardenal Silva Henríquez anticipó un proceso más profundo que fue un escándalo en la Iglesia porque fue el gran golpe a la oligarquía rural chilena y significó la ruptura de un orden tradicional que era el soporte de toda la institucionalidad parlamentaria, eclesial, etc. Haberse anticipado, haber tenido esa clarividencia mostró la capacidad de don Manuel de ver por dónde va la historia y estar presente haciéndola avanzar.
* Su conocimiento de Europa, sus contactos en Estados Unidos, su activa labor en el CELAM, no lo apartaron de su labor de pastor y obispo de Talca. Llegaba de un viaje, después de toda la noche en avión, y al día siguiente salía a visitar la diócesis, a ver la construcción de un templo o a visitar las muchas congregaciones religiosas masculinas y femeninas que trajo de otros países. Para él fue gran satisfacción construir su Catedral que reproducía los modelos románicos europeos, de grandes volúmenes. El se involucraba y lo disfrutaba. Junto con ser visionario de horizonte mundial, también estaba muy atento a su diócesis, a confirmar en misiones parroquiales, con una capacidad de trabajo extraordinaria y una memoria increíble para recordar los nombres de muchas personas en cada comunidad a la que llegaba.
* Don Manuel veía tres grandes desafíos: la necesidad de redescubrir en la Iglesia su carácter de signo de Cristo, luz de los pueblos; la urgencia de dialogar con el mundo moderno y dejar de estar a la defensiva; y, el llamado a ser "sobre todo la Iglesia de los pobres", como "un aspecto esencial" de su peregrinación en la tierra.

Este espíritu lo llevó a ser uno de los firmantes del “Pacto de las Catacumbas” al término del Concilio, junto a otros 40 obispos, en el que se comprometen a llevar una vida de sencillez, despojada de posesiones y a una actitud pastoral orientada a los pobres y a los trabajadores.

En su ‘testamento pastoral’ dejó expresado: “Quiero que mi última palabra sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. En ella he vivido y encontrado a Cristo. Por ella únicamente he trabajado y sufrido. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella”.